

SALMO 51, ARREPENTIMIENTO Y FE

INTRODUCCIÓN

Vimos la semana pasada en el salmo 50 que Dios mismo como juez universal llama a su pueblo a juicio, ahora en este salmo se nos muestra la respuesta correcta a dicho llamado, siendo el mismo rey de Israel, representante de su pueblo, quien responde a este llamado. Notemos cómo el Espíritu de Dios ha guiado no solo la composición de cada salmo, sino su edición y arreglo en cada libro del salterio para dar a conocer su revelación, a pesar de ser compuestos en diferentes momentos y por diferentes autores, ¡Maravilloso es el Señor nuestro Dios!. No fue honroso para el rey de Israel caer en adulterio, y mucho menos la actitud inicial que tuvo de ocultar su pecado en lugar de buscar arrepentimiento hasta que tuvo que ser confrontado por el profeta Natán (ver 2 Sam. 11-12), la Biblia nos muestra que fue un grave pecado, y trajo graves consecuencias, pero la misericordia de Dios, su amor pactual también fue evidente al remitir el pecado de su siervo al conservarle la vida. En este salmo penitencial aprendemos lo que implica el arrepentimiento y fe en Dios, lo que podemos expresar en tres ideas principales: un volver a Dios, un reconocimiento del pecado, y fe para caminar en pos de Dios.

I. UN VOLVER A DIOS

En primer lugar, podemos decir a la luz de este salmo que el arrepentimiento y fe que Dios demanda de nosotros en su calidad de juez universal nos señala la necesidad de volver a Dios, puesto que estábamos alejados de él, incluso cuando en apariencia todo parecía estar normal. Aunque Dios hizo público el pecado secreto del rey David, por un tiempo solo algunas personas conocieron del caso, y parecía que el honor del rey estaba intacto y no había señalamiento alguno, hasta que Dios por medio del profeta Natán confronta a David con su pecado, señalándolo: “tu eres aquel hombre que no tuvo misericordia de su prójimo, tu eres aquel hombre que tuvo en poco el pacto, la promesa y la palabra de Dios”. Este hombre de Dios cayó en pecado de manera terrible, por un tiempo trató de ocultar su pecado acudiendo a más acciones pecaminosas que quiso presentar como fortuitas (tal como el asesinato del marido de la mujer con la cual adulteró, para ocultar su adulterio), pero la misericordia de Dios, su amor pactual, no le permitió continuar en tal condición, y lo llamó al arrepentimiento, lo llamó a volverse a Dios,

A. EN BUSCA DE PIEDAD

Y es entonces cuando clama al Señor, y con seguridad de manera posterior nos quedó registrado en este salmo dicho clamor: “*Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia*”. Al ser confrontado con su pecado, está delante del juez de toda la tierra, las evidencias lo acusan de manera contundente, no hay absolutamente nada que decir, no hay atenuante para su gran crimen, no hay forma de evadir la sentencia que le espera, no hay apelación que valga, la condenación sobre él es justa, no hay nada que pueda decir o hacer para evitarla, no tiene argumento alguno para justificar su pecado. Dios hace volver a David de su locura y lo trae, podemos decir que, de rodillas ante el gran Rey y Juez universal, pidiendo clemencia, pidiendo piedad para que no recaiga todo el peso de la justicia divina sobre él, para no ser fulminado por la justicia de Dios. No le dice a Dios cuántas cosas buenas ha hecho para que lo tenga en cuenta y le rebaje la pena, no promete delatar a otros

para conseguir una negociación a su condena, no minimiza ni justifica su pecado, solo ruega que Dios, quien ha mostrado lealtad a su pacto, por ese gran amor a su nombre y a su promesa, por su propia gloria y eminencia, no por nada que haya en David, le manifieste su clemencia, así que se vuelve a Dios en busca de piedad,

B. EN BUSCA DE PERDÓN

“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”, la única manera de estar libre de condenación, libre de los cargos en su contra, era que el mismo juez los quitara. ¿Cómo podía ser esto?, ¿cómo el juez de toda la tierra haría tal cosa?, podemos decir que eso era precisamente lo que Dios estaba enseñando a su pueblo desde que se instituyeron los sacrificios sustitutivos como manera de acercarse a Dios y obtener su perdón, pues otro ocupaba el lugar del ofensor, otra sangre era derramada en pago en lugar de la propia. Como vimos en el salmo anterior y se muestra más adelante en este mismo salmo, se entiende que no serían los sacrificios en sí algo que Dios necesitara, sino una mera expresión de su fe en la misericordia de Dios, una expresión de su fe en la gracia del Señor para limpiar a su pueblo de todos sus pecados, no era la sangre de los animales la que los limpiaba, era el favor de Dios, que como sabemos, en el cumplimiento de los tiempos se manifestaría en el sacrificio perfecto de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuya sangre es la única que tiene poder para borrar todas nuestras rebeliones, de modo que justamente, ese juez universal pueda declararnos inocentes, y librarnos de la sentencia que merecemos a causa de nuestros pecados contra él. De alguna manera el salmista ha sido llevado a tal comprensión, y el Espíritu de Dios nos enseña al presentar estos salmos en tal orden, que solo Dios, el mismo Juez universal, es quien nos puede manifestar su clemencia, borrando todas nuestras rebeliones, por eso nos trae de nuestros caminos torcidos, ante el Dios a quien debemos dar cuenta, para ser librados de la muerte, y

C. EN BUSCA DE PURIFICACIÓN

David no solo pide ser librado de sus rebeliones, sino además se limpiado de la impureza que trae el pecado sobre su vida y que no le permite disfrutar de comunión con Dios, leamos el verso 2 de nuestro salmo. A estas expresiones volverá el salmista más adelante, mostrando su entendimiento de su condición de impureza ante el Dios puro, de su condición de impiedad ante el Dios Santo, de su inmundicia ante el Dios totalmente limpio. David ha sido puesto de cara ante el Dios Santo, ha sido confrontado contra la pureza y santidad de Dios, sus caminos han sido confrontados con los caminos de Dios, y no puede hacer otra cosa, que implorar el favor del Señor para ser tenido por limpio, y poder estar ante la presencia del Santo Dios. Cristo nos llama a arrepentirnos y creer en el evangelio, el arrepentimiento y fe nos confronta ante el Juez de toda la tierra, ante el Rey supremo cuyo reino ha venido. Atender a este llamado implica un volver a Dios, en busca de piedad, de perdón, de purificación, ¿Cómo estamos viniendo a Dios amados hermanos?, ¿cómo nos presentamos ante el Santo Dios?

II. UN RECONOCIMIENTO DEL PECADO

En segundo lugar, notamos en este salmo que el arrepentimiento y fe implica un reconocimiento del pecado, y no se trata de una mera declaración llena de hipocresía: “soy pecador”, o “todos somos pecadores”, o “es algo terrible que no podemos evitar”. El Juez universal ha convocado a su pueblo a juicio, el rey David está compareciendo, y no puede hacer otra cosa que reconocer su pecado contra Dios mismo, su crimen contra el mismo Juez, ¡qué condición mas miserable la del pecador, es un ofensor del Santo Dios, un rebelde contra el Rey y Juez de toda la tierra. Este llamado del Señor trae al pecador ante su presencia, para que pueda reconocer el pecado en su justa medida, en su correcta dimensión,

A. COMO REBELIÓN Y OFENSA CONTRA DIOS

Leamos versos 3-4. El salmo anterior condenaba la actitud de los que corrían con los adúlteros, los que patrocinaban y participaban del pecado. ¿Sabía acaso David que la Santa Ley de Dios prohíbe y condena el adulterio?, ¿Sabía el rey que la Santa Ley de Dios prohíbe el asesinato y todo lo que conduzca a ello?, ¿sabía que la Santa Ley de Dios demanda un amor incondicional y exclusivo hacia a Dios, y una adoración ajustada a su verdad?, entonces sabía que violar estos mandamientos era una abierta rebelión contra Dios mismo, aparte de ser ofensa contra el prójimo como fue el caso patente de David, fue una gran ofensa contra Dios. Y podemos pensar que el salmista reconoce ante el Señor la multitud de pecados relacionados en tal ocasión, y ante la acusación que recibe, ante el señalamiento de profeta Natán, y ante el juicio que Dios le daba, solo pudo decir “*Pequé contra Jehová*”. No trata de reconvenir a Dios, no trata de justificarse ante el profeta, no busca excusa para su pecado, no presenta ninguna justificación, no le echa la culpa a la mujer con la cual adulteró, no le echa la culpa a las circunstancias que lo tentaron, no le echa la culpa a Dios, simplemente reconoce que la Santa Ley de Dios es precisamente santa, justa, y buena (como diría el apóstol Pablo), pero él es un rebelde contra Dios mismo, así ve sus pecados como una profunda y abierta rebelión contra Dios, una ofensa contra el Santo Dios, pero también como,

B. UN GRAN MAL DEL QUE SOLO DIOS NOS PUEDE LIBRAR

Leamos versos 5-9, este clamor señala la condición miserable de todo aquel que por generación ordinaria desciende de Adán, de todo aquel que nace a la imagen de Adán, quien desde su caída en pecado estropeó la imagen de Dios en él y su descendencia, y perdió toda justicia y santidad. Esta es la situación de todo ser humano, afectado en todas sus facultades por el pecado, aún desde el vientre, pues es parte de aquella raza representada en Adán, incapacitada de hacer algo reamente bueno según Dios, inclinada a toda clase de mal, pecador hijo de pecadores. Pecador en un mundo de pecadores, que sufre a causa de su pecado. Aunque por un tiempo David trató de ocultar su pecado y llevar la cosas como si no pasara nada, lo cierto es que Dios lo confrontó, y lo expuso al dolor de su desagrado, David experimentó cuán espantoso fue su crimen ante Dios, cuan impuro era en todas su facultades ante el Santo de los santos, y no era un ritual en sí lo que iba a purificar su corazón, no era la sangre de un animal la que quitaría su mancha de pecado, solo Dios lo podía limpiar realmente como simbolizaba el ritual de ser asperjados con la sangre de los sacrificios, porque solo la sangre de Jesucristo rociada por la fe en nuestros corazones, es la que nos limpia de

todo pecado como nos enseña el apóstol Pedro (1 Pedro 1:2), y solo esta limpieza que viene de Dios directamente y no de nosotros mismos, es la que pueda dar gozo y alegría a todo nuestro ser, pues es Dios quien acude a nuestra ayuda, es el Juez de toda la tierra el que nos absuelve. Arrepentimiento y fe implica un reconocimiento de lo que es realmente el pecado, una abierta rebelión contra el Santo Dios, una ofensa infinita contra su Santidad, contra su Verdad infinita.

III. FE PARA CAMINAR EN POS DE DIOS

Pero venir con sentido de urgencia implorando el favor divino, sentir dolor por el pecado por ser una terrible rebelión no es todo en cuanto al arrepentimiento y fe, por eso decimos en tercer lugar, que implica fe para caminar en pos de Dios. No es solamente pedir perdón para no ser muertos, no es solo pedir que se borren todos nuestros pecados de la justa sentencia que el juez universal puede dar contra nosotros, sino una restauración a la comunión con Dios, a esto llama Jesús a decírnos arrepentíos y creed en el evangelio porque el reino de los cielos se ha acercado. De modo que arrepentimiento y fe implica precisamente, fe para caminar en pos de Dios, fe para venir a él y rogar que podamos ser

A. RENOVADOS POR SU ESPÍRITU SANTO

Leamos versos 10-12. Este rey había sido ungido por Dios, le había sido dado su Espíritu Santo para poder gobernar a su pueblo, y también para enseñarle de parte de Dios, como ha sido consignado en la multitud de Salmos escritos por él, inspirados precisamente por el Espíritu Santo. Pero había contristado al Espíritu de Dios con sus rebeliones, así como nosotros hoy día cuando pecamos contra Dios. El salmista arrepentido necesitaba ser renovado en su interior por el Espíritu de Dios para una nueva obediencia, esa era su oración, lo mismo que hacemos nosotros al orar antes de participar de la Santa Cena por ejemplo, para que esta señal y sello del pacto de Dios nos permita por el poder del Espíritu Santo andar en esa nueva obediencia. Aunque pide con temor no sea quitado de su vida el Espíritu de Dios como ocurrió con el apóstata rey Saúl, Dios mismo era quien había manifestado su verdad a su siervo, quien había iluminado su entendimiento, quien lo había traído al arrepentimiento, quien estaba obrando en su corazón por su Espíritu Santo. ¡Qué gran privilegio tenemos si verdaderamente somos creyentes en Cristo, Dios no quitará de nosotros su Santo Espíritu!, pero debemos clamar por esa renovación de todo nuestro ser, por esa gracia de la operación poderosa del Espíritu de Dios en nuestra vida, para volvernos sinceramente a Dios, con una nueva perspectiva, en una nueva obediencia,

B. CAPACITADOS PARA PUBLICAR LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

Leamos versos 13-14. Solo de esta forma que señala el salmista no seremos hipócritas como los que señalaba el salmo 50 que no tenía derecho a tomar la ley de Dios en sus labios, pues renovados por el Espíritu de Dios, enmendando nuestro camino, volviendo al Señor, podremos mostrar a otros el camino de la salvación de Dios, esto es, el camino del arrepentimiento y fe en Dios, por medio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Recordemos que el rey tenía una función de pastor de su nación, para guiar al rebaño a su verdadero buen pastor (como vimos en el salmo 23), solo renovado por el Espíritu de Dios, podría cumplir su misión de maestro y pastor, por eso pide esa completa

restauración y se librado de todo pecado, incluso de derramar sangre inocente, de asesinato. Gracias a Dios por Jesucristo, el perfecto maestro y pastor de nuestras vidas, quien no necesitó perdón de pecados, sino que se ofreció el mismo por nuestros pecados, para que nosotros seamos restaurados, y capacitados por su Espíritu Santo, para dar a conocer a otros quien es el pastor que nos conduce realmente a la salvación de Dios. Renovados por el Espíritu Santo tendremos fe para caminar en pos de Dios,

C. CAPACITADOS PARA ADORAR A NUESTRO SALVADOR.

Leamos del 15-19. El salmista clama nuevamente por ese gozo de publicar las alabanzas del Señor como sacrificio verdadero que fue declarado por el mismo juez universal como se indicó en el salmo 50:7-15. El rey tenía suficientes recursos para dar abundantes sacrificios cruentos a Dios, pero entendía que no era eso lo que Dios demandaba, sino un corazón arrepentido, que experimentara la tristeza de haber ofendido a Dios, que se humillara reconociendo su terrible ofensa contra el Santo Dios, que reconociera su rebelión, y se inclinara ante Dios en una nueva obediencia. Pero este corazón no da tal fruto naturalmente, necesita ser renovado por Dios mismo como pedía en su oración el salmista en los versos anteriores. Pero una vez renovado el corazón, las formas externas de presentar adoración a Dios, serían realmente una expresión de un corazón arrepentido y dispuesto a ofrecer una obediencia sincera a Dios, a proclamar alabanza suprema al Señor, tal como se enseñó también en el salmo 50. Noten como Dios insiste en esta enseñanza, nos repite una y otra vez para que prestemos atención y aprendamos. Finalmente, al ser el salmista rey de Israel, su restauración y capacitación por el Espíritu de Dios, redundaría en el bienestar de la nación, por eso clama que Dios hiciera bien a su pueblo, y fuera él su defensa y protección. Recordemos que nuestro perfecto Rey y pastor, es quien nos trae la benevolencia de Dios a todo el pueblo del Señor, quien nos rodea con su favor, como los muros que protegían la ciudad en la cual Dios manifestó su presencia y dio a conocer su salvación.

CONCLUSIÓN

Arrepentimiento y fe, es la respuesta al llamado de Dios, el Juez Universal que vendrá un día a juzgar el mundo, comenzado por su pueblo. No somos mejores que el salmista, y debemos reconocer nuestro pecado, reconocer que nuestro sufrimiento es finalmente consecuencia del pecado, que nuestra nación, nuestras familias y nuestras iglesias son afectadas por el pecado, y se han rebelado contra Dios. Mis hermanos, este llamado es para todos y cada uno de nosotros, respondamos con arrepentimiento y fe, esto es, con un volver a Dios, un reconocimiento del pecado, y fe para caminar en pos de Dios. Clamemos como el salmista por esa renovación de nuestras vidas en el poder del Espíritu de Dios, roguemos por esa fe que nos permita andar en nueva obediencia, y proclamando y enseñando el camino de la Salvación de nuestro Dios. Oremos.